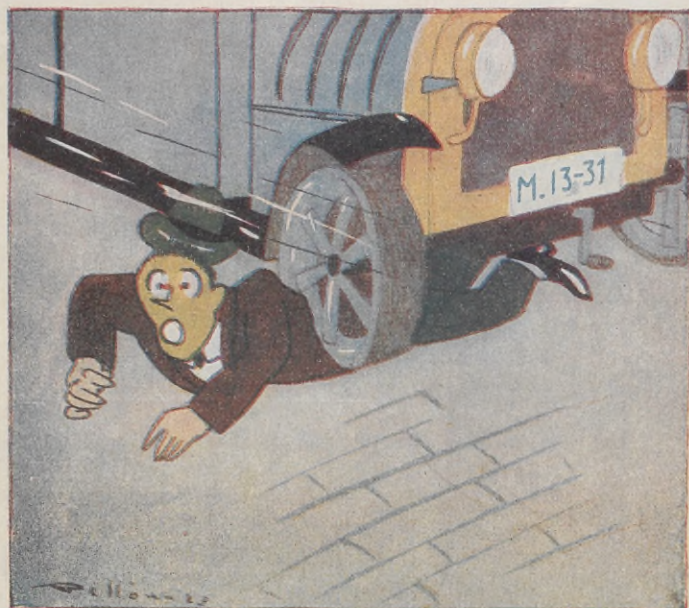


LA GRACIA

REVISTA COMICA



—¡No te dije, Patro! Aquí tiés de porqué luego dice este hombre que padece de “pesadillas”.



30
cls.

—¡Ay, Dios mío! Qué cosa más rara siento. ¿Pero qué me estará a mí pasando?...



ELLA.—Ya estoy más tranquila, maridito mío, pero creí que me eras infiel. Me dijeron que te habían visto con una “somererera”.

LA NOVELA CORTA

publicará el próximo sábado

EL MAL AMOR DE LAS CASADAS

novela inédita, original de

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

20 cts.



EL.—¿Y qué hizo tu padre cuando vió mi libro de versos?
LA PEQUE.—¡Alegrarse muchísimo, porque venía muy bien
para calzar la mesa de su despacho!...

LA NOVELA TEATRAL

publicará el próximo domingo
el vodevil en tres actos

ARCADIO ES FELIZ

escrito sobre una obra alemana, por

ANTONIO FERNÁNDEZ LEPINA

30 cts.

EL FOLLETIN

PUBLICARA MAÑANA

El conde de Montecristo

(TOMO I.)

POR

ALEJANDRO DUMAS

NÚMEROS PUBLICADOS:

- 1.—DUMAS.—Los mil y un fantasmas.
- 2.—VICTOR HUGO.—Han de is'andia.
- 3.—DICKENS.—Los tiempos difíciles.
- 4.—DOSTOIEWSKI.—Crimen y castigo.
- 5.—ALLAN POE.—Aventuras de Arturo Gordon Pym.
- 6.—E. SIENKIEWITZ.—¿Quo vadis?
- 7.—IVAN TURGUENEF.—Humo.
- 8.—WALTER SCOOT.—El pirata.
- 9.—ABATE PREVOST.—Manon Lescaut.
- 10.—BALZAC.—La piel de zapa.
- 11.—PONSON DU TERRAIL.—Las miserias de Londres.
- 12.—F. COOPER.—El último mohicano.
- 13.—GABORIAU.—Por el honor del nombre.
- 14.—WISEMAN.—Fabiola.
- 15.—LEON TOLSTOI.—Resurrección.
- 16.—DUMAS.—Los tres mosqueteros (tomo I.)
- 17.—DUMAS.—Los tres mosqueteros (tomo II.)
- 18.—DUMAS.—Veinte años después (tomo I.)
- 19.—DUMAS.—Veinte años después (tomo II.)
- 20.—DUMAS.—Veinte años después (tomo III.)
- 21.—DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo I.)
- 22.—DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo II.)
- 23.—DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo III.)
- 24.—DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo IV.)
- 25.—DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo V.)
- 26.—DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo VI.)
- 27.—DICKENS.—El hijo de la Parroquia.
- 28.—VICTOR HUGO.—El hombre que ríe (tomo I.)
- 29.—VICTOR HUGO.—El hombre que ríe (tomo II.)
- 30.—VICTOR HUGO.—Nuestra Señora de París (tomo I.)
- 31.—VICTOR HUGO.—Nuestra Señora de París (tomo II.)
- 32.—VICTOR HUGO.—El noventa y tres.
- 33.—VICTOR HUGO.—Los miserables (tomo I.)
- 34.—VICTOR HUGO.—Los miserables (tomo II.)
- 35.—VICTOR HUGO.—Los miserables (tomo III.)
- 36.—VICTOR HUGO.—Los miserables (tomo IV.)
- 37.—VICTOR HUGO.—Los trabajadores del mar (tomo I.)
- 38.—VICTOR HUGO.—Los trabajadores del mar (tomo II.)
- 39.—PONSON DU TERRAIL.—La soga del ahorcado.
- 40.—DUMAS.—El conde de Montecristo (tomo I.)

132 PAGINAS

CUARENTA CENTIMOS

AGENTE EXCLUSIVO PARA
LA VENTA DE ESTA REVISTA:

Guatemala: **DE LA RIVA HERMANOS.**
9.ª Avenida Sur, n.º 8.—Guatemala C. A.

Precio del ejemplar en Buenos Aires 25 centavos.
En el interior del país 20 centavos.

Prohibida la reproducción de texto y grabados. No se devuelven los originales ni se sostiene correspondencia acerca de ellos. No se abonan otros trabajos que los solicitados.



—¡Ay, Gumersindo, qué barbaridad! ¡Cómo llueve!
—Sí, hija, y gracias a que llevamos paraguas...

EL BILLETE FALSO

Se encontraron en la cartera de un timador, de esos que frecuentan los tranvías y caen sobre los rostros embobados por la ganancia o tansfigurados por la estupidez.

Eran dos billetes, de origen distinto; uno, legítimo, fabricado por orden del Estado; francote, bien impreso, algo pasadillo, pero siempre de buen ver. El otro, bastardo; no había conocido jamás los anchurosos corredores del Banco de la nación, y era ambiguo, de catadura sospechosa, voz meliflua y color quebrado.

El billete legítimo suspiraba:

—¡Qué catástrofe, amigo! Precisamente esta tarde tenía que hacer feliz

soy ilícito, me dispensan más atenciones y mimos que nunca. El que me posee está deseando separarse de mí, soltarme. Desazono, despejo, hago cosquillas... No puedes imaginarte los deseos que inspiro de derrochar, de hacer compras superfluas, para ir a parar a otras manos, para desaparecer de ese bolsillo, donde el dueño, que sabe lo nada que valgo, está deseando "pasarme", es decir, darme valor.

El billete auténtico exhaló otro suspiro. Sus anchas arrugas se estremecieron.

—¡Tal vez tengas razón.

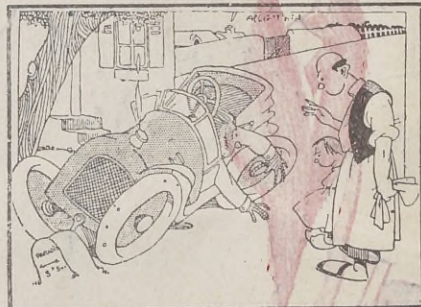
—¡Cómo!—repuso el billete apócrifo—; no te quepa duda... Para que

a una familia. Iba a ser esparcimiento, sonrisa, resignación y concordia...

—¡Bah!—interrumpió el otro —Eres abominablemente burgués, y nunca llegarás a nada. Nadie, en realidad, te hace caso. Por bueno, apenas te miran. Aprende a ser como yo.

—No te conozco.

—Soy, y no creas que me avergüenza decirlo, más falso que el alma de Judas. Nací una noche, en un sótano, bajo la mirada febril y terrible de un tiaz con barbas. Desde que me eché a la vida empecé a llamar la atención. Me miran con recelo, despacio, y me soban, y me dan vueltas y vueltas entre los dedos agarrotados de los codiciosos y las manos confiadas de los satisfechos. "¿Será falso?"—se preguntan en voz baja... Y, cuando alguien conoce la verdad, la espantosa verdad, y se entera de que



—El señor viene sin duda a almorzar. Tenemos hoy: Tortillas a la crema.

la gente se fije en ti y te cotice y crea que, en efecto, representas algún valor, es preciso ser como yo. Hay que falsificar, chico; ser bueno es ser la última palabra del Credo. ¡Viva la embustería! ¡Los pelos rubios que se tiñen de negro, las medianías que se visten de reputación, el oro de las piladoras, la fachada de muchos palacios, las curvas de tantas hermosuras angulosas, la cortesía de miles de granujas, las luces del escenario, las decoraciones, los antifaces, los adjetivos, la palabra misma ¿qué son sino artificio, disimulo, trampa, falsedad, fraude, macana y mixtificación?

El billete bueno, que era un sentimental, palideció doloridamente:

—¡Cuánto sabes!—murmuró.

—¡Toma! Como que estoy entre gente lista. Tú no sabes todavía quiénes me empujan, ni quiénes me tratan. Con tu virtud inútil, y tus coloritos no sabes, pobrete, la pena que me das...

E. Ramírez Angel



—Ya no pasa nadie. ¿Nos vamos ya?

—Sí, hija; que ya se me están quedando los pies helados.



[Caricatura de TOVAR.

Al pasar al despacho de trabajo del Conde de Romanones, nos sobrecoge el silencio de la estancia, silencio que hace más solemne, más hondo, el tic-tac de los relojes repartidos por la habitación y colocados sobre las artísticas consolas y los viejos estantes. En el centro, una reproducción en bronce de la estatua de Eloy González, el hijo del pueblo, héroe de Cascorro. El despacho, en sombras. A la derecha de la puerta de entrada, una mesa pequeña, y sobre ella un aparato eléctrico muy actual, muy de oficina. El Conde de Romanones, más que sentado, recostado sobre un clásico sillón de cuero, se oculta en la penumbra que produce la pantalla, que, en cambio, baña en luz al visitante. Ya sabe el objeto de nuestra visita:

—¿Qué quiere usted que le cuen-

INTERVIUS COMICAS

Por esta sección desfilarán los más altos prestigios de nuestro mundo intelectual: escritores, artistas, políticos, médicos, militares, los cuales referirán al lector las más cómicas anécdotas ocurridas a ellos en el curso de sus respectivas profesiones. Un escritor admirable, especializado en este género de literatura y recientemente consagrado en las columnas de un popularísimo diario, V. Gutiérrez de Miguel, escribirá estas interesantes y originalísimas intervius. Hoy nos cuenta sus anécdotas el conde de Romanones.

te? ¿Anécdotas políticas?— me pregunta, después del saludo llano y cordial.

—Esto es— contesto—, pero recuerde aquellas que sean graciosas y a ser posible, que haya sido usted protagonista.

El Conde repite dos interjecciones muy suyas.

—Bien... Vamos a ver. Ya tenemos una...

Era yo concejal... En aquella época presidían las corridas de toros los tenientes de alcalde. Una tarde, le tocó presidir a don José Gallo y Bueno, que no sabía una palabra de toros y era un infeliz. Yo me fui con él, y me senté en el palco para asesorarle. El hombre atendía mis indicaciones y la cosa iba muy bien. Pero se me ocurrió darle una broma y aproveché la primera ocasión. La ocasión fué esta:

Salió un toro de trapío. Buena lámina... Limpio de cuerna y bravo de verdad. Se fué al tercio y con todo su poder tomó tres varas. Al ver el empuje del animal el público clamaba de entusiasmo. El bicho salió de la tercera vara y otra vez se puso en suerte. Antes de que se arrancara le dije yo a Gallo:

—Toca a banderillas que te van a silbar...

Mi hombre sacó el pañuelo y cambió el tercio. Ya puede usted suponer lo que pasó y lo que le dijeron al Presidente.

—¡Pero qué me has dicho, hombre! ¡qué me has dicho!

—Que tocaras a banderillas... que te iban a silbar...

El Conde hace una pequeña pausa no para recordar, para seleccionar las infinitas anécdotas que matizan su vida de político, tan ágil, tan atrevido, tan simpático.

En la pausa el Conde tapa sus ojos con la mano que descansa sobre la nariz...

—También de la época en que yo era concejal...

Había consumos y como consecuencia lógica, matuteros. Uno de ellos muy célebre y muy conocido. Era teniente alcalde un ilustre periodista y alcalde un hombre ilustre también. El teniente alcalde más que nada como periodista, tenía interés en descubrir si era cierto que el matutero en cuestión tenía sobornados a varios altos empleados de consumos. Diestramente les tendió una celada. En efecto, una noche supimos que se habían citado en una casa de la calle de Hortaleza y antes de que ellos llegaran ya estábamos los tres en una habitación inmediata, desde la cual podíamos oír la conversación. Al poco rato llegaron los empleados, luego el matutero y empezaron a dialogar para ponerse de acuerdo. Como es natural los empleados tenían miedo y uno de ellos se le ocurrió decir:

—Bueno; pero si el Alcalde se enterara...

—El Alcalde pinta menos que una marica en un tejo...—fué la contestación que oímos.

A mí me dió tal ataque de risa, que el Alcalde que había hecho ademán de entrar en la estancia, se contuvo con la intención sin duda de matarme a mí primero... Se calmó. El periodista logró su propósito. Hizo una campaña que fué muy sonada.

Le voy a contar a usted otra cosa que fué una injusticia que yo cometí de la que no me arrepentiré y que no tiene más disculpa que la fogosidad de mi temperamento sobre todo en los años juveniles...

Había un concejal a quien todos criticaban tachándolo de inmoral. Yo también le emprendí con él. Se celebró aquel año una procesión el día del Corpus que fué muy solemne y salieron muchas imágenes. Cada concejal presidía el cortejo de una; pero la que había de presidir nuestro hombre no sé por qué causa a poco de salir tuvo que volverse a la Iglesia. A los pocos días pronuncié en el Congreso—era yo también diputado—un discurso violento contra este concejal y como argumento definitivo dije:

—“En fin, señores diputados, qué clase de sujeto será que la Virgen prefirió volverse a la Iglesia antes de que la vieran por la calle con él...”

Ya puede usted suponer cual sería el efecto que esto produjo en la Cámara donde como usted sabe lo más insignificante levanta una tempestad de risas... Pues mire—dice el Conde rápidamente—lo que son las injusticias. Este hombre murió al poco tiempo y murió en la miseria. Cuando yo fui ministro de Instrucción Pública tuve que darle una credencial al hijo para que la madre no se muriera de hambre...

Y de aquella época también, esta otra tiene gracia políticamente. Yo tenía un interés grande en ser Alcalde de Madrid. El conseguirlo fué para mí la mayor alegría de mi vida política. He tenido muchas alegrías... Pero sinsabores más... más disgustos, más amarguras...

En la pausa el silencio es más hondo. El tiempo que van contando los relojes segundo a segundo parece que se detiene y adquiere un alto valor de presente. El Conde nos oculta sus ojos tan expresivos, tan vivos, que en este caso nos podrían decir lo que los labios callan y el alma siente...

—Yo que, como le digo, tenía grandes deseos de ser Alcalde, hice una campaña como concejal contra los alcaldes. En poco tiempo logré derribar a tres; el Conde de San Bernardo, a don Andrés Mellado y a don Santiago Angulo. Sagasta, que ocupaba el poder, estaba desesperado y para evitar el tener que nombrar alcalde cada cuatro días... me nombró a mí. Aquí viene lo gracioso. A los tenientes de alcalde les sentó mi nombramiento como un tiro. Inmediatamente acordaron presentar la dimisión. Para evitarlo nos reunimos ellos y yo en casa de don Alberto Aguilera. Hubo uno que se opuso terminantemente a toda solución de concordia. Anunció que no sólo no retiraba su dimisión sino que me crearía toda clase de dificultades porque mi nombramiento era una cosa intolerable. Este teniente alcalde era

don Joaquín Ruiz Jimenez, hoy mi mejor amigo.

Después de cada evocación el Conde piensa un momento.

—Hombre—me dice saltando en sillón—. El que contaba las anécdotas con mucha gracia era Canalejas. Una vez me contó una, de tal manera, que yo no pienso reirme de mejor gana en mi vida.

Era Papa León XIII, hombre de una cultura vastísima que dominaba el latín perfectamente, hablaba el francés, el inglés... varios idiomas. Fué nombrado Embajador nuestro en el Vaticano un político cuyo apellido, de origen francés, aun es actual en política. Nuestro embajador fué recibido oportunamente por el Papa el cual le preguntó:

—¿Quiere el señor embajador que hablemos en latín?

Y el embajador, de la mejor manera posible, hizo comprender al Papa que no entendía una palabra de la lengua madre.

—¿En francés entonces?—preguntó León XIII advirtiéndole la procedencia del apellido.

El embajador tampoco entendía el francés... El Santo Padre aventuró la solución.

—Señor embajador—decía Canalejas que dijo el Papa—. Aunque yo no domino bien vuestro idioma si quiere podemos hablarlo. Y en efecto en español empezaron la conversación. El Papa, que se expresaba bien en nuestra lengua, comprendía, sin embargo, con alguna dificultad. El embajador, para disculpar esta torpeza del Santo Padre, le dijo:

—No se extrañe Vuestra Santidad. Es que yo hablo en extremeño.

—Oírle contar esto al pobre Canalejas—dice el Conde—era tirarse al suelo.

—¿Y anécdotas de cazador? ¿recuerda usted alguna?

—A mí no me ha ocurrido ninguna. Yo he tomado siempre la caza en serio.

—Ya sabe usted que es tradicional la creencia de que muchas situaciones políticas se han resuelto en una cacería.

—Yo lo único que le digo a usted es que he ido de caza con el Rey con Maura y con muchos políticos más; tanto el Rey como nosotros hemos procurado olvidarnos de la política. Así de caza es posible que le interese esto...

—Antes era costumbre que a las cacerías donde iba el Rey fuese un médico. Pues bien; la única vez que tuvo que intervenir fué para curar a un pobre ojeador al cual el propio médico le había metido setenta perdigones en el cuerpo. Desde entonces quedaron suprimidos los doctores.

De estas cosas de caza, Villaverde era un tipo muy curioso. Le dió por ser cazador ya viejo, y la caza requiere empezar muy joven, en pleno vigor, única manera de conseguir hábitos indispensables que ya no se pierden. Don Raimundo, como le digo, le dió por la caza después de los cuarenta años, y nada; era una escopeta nula.

Una vez fué a una cacería. Le marcaron el puesto y mi buen Villaverde empezó a tirar y no derribó una perdiz ni por equivocación. Nosotros, para animarle, le dijimos a los criados que dispusieran unas piezas para decirle que las había cazado él. Al llegar al momento de hacer el recuento se acercó un criado y dió que el señor Villaverde había matado treinta perdices. Don Raimundo muy convencido exclamó:

—¡Hombre! creí que había matado más.

—Y peticiones ¿recuerda usted alguna que por lo rara le haya sorprendido?

—¡Bueno! ¡Bueno! Millares... Mire usted: hace un año, no más, era yo ministro de Gracia y Justicia, cargo que juré el nueve de Diciembre. Pues bien, por esos días recibí una carta de Jerez en la que una señora con un buen estilo, buena letra y en un papel satinado precioso me decía que su familia de apellido respetable y que habían gozado de una posición desahogada, estaba a punto de caer en la miseria. Yo podía evitar esto y me daba la fórmula: Habían comprado un billete de lotería de Navidad y solicitaba de mí que interpusiera mi influencia para que les tocase un premio de consideración...

Peticiones de estas y gente proponiéndome negocios supóngase usted las que llegarán aquí al día... Pero yo desde hace treinta años no abro las cartas. No me entero ni de esto, ni de los anónimos. Gracias a esta disposición me evito muchos disgustos...

—¿Y qué se dice por ahí? ¿Qué se dice?—Interroga el Conde mientras guiña sus ojos acerados e inquietos.

—Pues se dice...

El Conde de Romanones nos acompaña hasta la puerta y nos despide con ese gesto suyo, tan campechano, tan característico. Sacamos la conclusión de que el Conde de Romanones tiene decidido interés en no dejar mal a los caricaturistas. Y cada día se parece más a su caricatura.

Todo amabilidad, tampoco ha querido dejar mal al reporter.

Muchas gracias, señor Conde...

V. Gutiérrez de Miguel



EL LIMPIABOTAS.—¡Quién fuera señorito *pa* vivir sin trabajar!

EL SEÑORITO.—Hombre, tú no debes quejarte de tu suerte, porque tu porvenir es bastante brillante.

UN RATO A PERROS

Me parece que es lo más indicado para ganarse unas perras.

Vamos a echar un ratito a perros, mientras esperamos la llegada, en loca jauría, de esas perras, grandes y chicas, por cuyos favores lleva una vida perra, en este perro mundo, la aperreada humanidad.

¡Arriba los bastidores! Elevemos nuestras miradas al cielo y fijémonos en esos dos "chatones" que esmaltan la bóveda celeste en las claras noches invernales. Por si lo de "chatones" no os va, dejémoslos en "chatos", huyendo de las piedras preciosas. Son dos chatos: dos perros enormes casi inconmensurables: Sirio y Proción; el Can mayor y el Can menor; Can-can, por todo lo alto.

Amigos siempre del hombre, estos fieles compañeros, advertían con sus luminosos ladridos, más luminosos que muchos informes académicos, que tras ellos, las turbulentas aguas del padre Nilo dejaban el seno materno, se

salían de madre e inundaban las dilatadas vegas, fertilizándolas con sus limos fecundantes. Dícese que de aquí nació la agrimensura. Bueno. Salud *pa* criarla.

Descendamos y aterricemos.

Dediquemos uno de nuestros más respetuosos saludos al perro de Alcibiades; otro al de aquel gachó que cortó la cola al suyo para que las malas lenguas, hablando del perro, se olvidasen de hablar de su amo, que tenía mucho que contar; dejemos en paz al inconveniente perro del hortelano, al difunto Perro Paco, ilustrísimo, al perro ajeno, y a toda la constelación de canes más o menos "vulgares". Detengámonos

un momento ante los históricos Canes de Zurita.

Resultaron un timo, queridos lectores. No ha habido jamás tales canes. No volváis a hablar de ellos en vuestra vida. Ni de ellos, ni del tal Zurita, que en los limbos de la demopedia pasa, acaso, por un buen hidalgo, dueño de tales chuchos, nadie sabe si galgos o podencos.

Los tales canes, según las últimas investigaciones, han quedado transformados en "canos"; cuando los mientes, prueba tu erudición, diciendo: "los canos de Zurita", es decir: los "blancos" (calvas peladas) de Zurita, que, a su vez, significa blanca, también.

Sigan pasando, señores.

He aquí los célebres galgos del tío Lucas.

Hay quien dice de ellos, que para bostezar tenían que arrimarse a una tapia.

Esto no es ya un timo; esto es un plagio. No a los galgos del tío Lucas, sino al perro del tío Alegría le corresponde esta gloria.

Hay una redondilla célebre, modelo de soltura y de naturalidad, que lo afirma así:

"Hombre, se parece usted
Al perro del tío Alegría,
Que para ladrar, tenía
Que arrimarse a la pared."

A cada cual, lo suyo.

Y volvamos a los nuestros.

Aseguran otros, que de tan delgados que éstos eran, cuando corrían monte arriba, se les salía el collar por el rabo.

Y no falta quien afirma, que la velocidad que en la carrera desarrollaban era tal, que al alcanzar una pieza no les daba tiempo a cerrar la boca para apresarla con los dientes, con lo cual, viva y sana, se les entraba por las fauces, y sana y viva se les escapaba por el polo opuesto.

En lo que están conformes todos los autores, es en que los galgos del tío Lucas eran tan oportunos, que cuando iban corriendo tras una liebre, se paraban a evacuar cierta húmeda necesidad fisiológica; lo que no deja de ser el colmo del oportunismo.

Bueno, pues todo lo que llevo dicho, es nada comparado con lo que me queda por decir de otro célebre galgo de otro Lucas no menos célebre.

Vivía éste en un pueblo abundantísimo en caza, y, por lo tanto, en perros destinados a este deporte, de fama bien sentada, algunos de ellos, en muchas leguas a la redonda.

Los respectivos dueños de los despiertos animalitos, se hacían lenguas



—Pero, hombre. ¿Por qué va usted por la sombra con el frío que hace?

—Para evitar que se me calienten los cascós.



—De modo que esta es la momia de San Copete.
—No, señor. ¡La momia es aquella...; este es el momio!



EL.—Oiga, Lupita: Yo en el baile, ¿en qué es en lo que no me equivoco?
LUPITA.—¡En pisarme!...

de las proezas y habilidades de sus perros propios, despreciando a los de sus convecinos. Unos, por blandos de boca, otros por finos de olfato, éste por veloz, aquel por astuto, tal cual por fiero, cosa, en fin, insuperable, y tan cierta, que no había inconveniente en sostener cualquier apuesta con

quien tratase de desvirtuarla.

—Lo que sostengo yo, contra todos los que me escuchan—dijo entonces el Lucas de mi cuento—es que no hay en el pueblo ningún galgo que sea mejor que el mío para las liebres.

¡Qué hubo dicho mi hombre! Uno, dos, diez, fueron los que aceptaron la apuesta y para el día siguiente, antes de que la cosa se enfriase.

Y lo mismo que el retador de don Nuño, fuéronse todos al campo, con sus perros.

Saltó una liebre y tras ella salieron disparados como flechas, los galgos todos. El de Lucas, corría, corría en efecto, ¡caray, si corría! como que adelantándose a todos, llegó, naturalmente, el primero, al alcance de la liebre infeliz; pero, en vez de atazarla, pasó junto a ella, y dejó que otro galgo la cobrase...

Y esto se repitió una vez y dos veces, y tantas veces cuantas en el campo se levantó una pieza; resultando que el único perro que no logró ninguna, fué precisamente el de Lucas, famoso.

Sobre su amo llovieron las burlas y vayas de los demás cazadores, gozosos por lo que consideraban ya indiscutible victoria. Pero el zorro Lucas, les salió al paso, diciéndoles:

—¡Eh, amigos, alto el carro! Yo he apostado a que no había mejor galgo que el mío para las liebres, y a ver si no ha sido el mío, entre todos, el que menos daño las ha causado... Como me lo contaron, te lo cuento.

V. Díez de Tejada



—¿Y no tiene usted miedo de que le roben antes de llegar a su pueblo.
—¡Quiá! ¿Yo miedo? ¡Menudo cu-chillo llevo!



—Yo te quiero más que tú a mí.
—No, yo más.
—No, yo.
—¡Yo!

—Mira, como sigas llevándome la contraria, te arreo un guantazo que te dejo sin muelas.





"LA ILUSTRACION"

Fué un semanario de mediados del siglo XIX, que aparecía los sábados y cuyo número suelto, de ocho páginas costaba cuatro reales—para que se vayan ustedes enterando—. Precedió a la "Ilustración Española y Americana" y lo dirigía su propietario, don Angel Fernandez de los Ríos.

Aunque no tuvo carácter esencialmente festivo, sin embargo cultivó la nota jocosa, dándole especial preferencia, lo mismo en prosa que en verso e igual en forma literaria que gráfica.

Los chistes de "La Ilustración" eran, como la mayoría de los chistes del pasado siglo, bastante ramplones y escasos de ingenio, tratándose en ellos los temas de siempre, los eternos temas resobados y triviales de las suegras tiránicas, de las esposas levantadas de cascos, de curas y monjas, de los soldados ignorantes, de los paletos simplicísimos, etcétera, etc.

He aquí unas cuantas muestras:

Chistes de cuartel:

"Un soldado disputaba con un cabo de su compañía y encolerizándose cada vez más, le dijo:

—¡Cállate! ¡Si tú no eres un hombre!

—Yo te probaré lo contrario—le contestó el cabo.

—Nunca—replica el soldado—. Es imposible. Escucha al mayor, cuando distribuye la parada por las mañanas y verás como dice: "A tal parte, seis hombres y un cabo". Luego ya ves que los cabos no son hombres."

"Preguntaban un día a un soldado que había asistido a las academias en que se explicaba el catecismo en los regimientos cuántos dioses había.

—Tres—respondió sin vacilar.

—¿El padre es Dios?

—Sí.

—¿El hijo es Dios?

—No, pero cuando muera su padre, tendrá que serlo, porque heredará el trono divino."

Chistes de paletos:

—¿Vienes de ver la horca?

—Calla, burro, si es un pozo artesiano.

—¿Y qué quiere decir eso?

—Toma, quiere decir que sacan agua del pozo en una artesa.

—¡Qué cosa tan moerna, hombre!"

—Toma, Tomasa; aquí te traigo ese enderezo para que te acuerdes de mis días y sepas que tratas con caballeros.

—Pues a señora no me gana naide; toma mi retrato al mimiñotipo."

Chistes de sacristía:

"Una devota confesaba muy con-

trita la pasión que tenía al juego. Su confesor la observó que debía confesar en primer lugar el tiempo que perdía.

—¡Ay, sí, padre!—interrumpió la penitente—. ¡Se pierde tanto tiempo en barajar las cartas!"

"Un obispo, muy enemigo de abusos, entró en casa de un cura de su diócesis, y vió dos amas jóvenes.

—¿Cómo se entiende?—gritó enfurecido—. Veinte años, jóvenes y frescas. ¿Usted no conoce mis estatutos?

—Ilustrísimo señor, los conozco perfectamente, porque el arcipreste y yo los leímos juntos. V. S. exige que el cura de un cura tenga cuarenta años cumplidos y yo he tomado ese, número de años en dos tomos".

Chistes conyugales:

—Sí, amigo, la muerte de mi mujer ha sido para mí una pérdida muy dolorosa.

—Vea usted lo que son las cosas; la de la mía fué para mí una ganancia loca".

—Te presento a don Federico González que suele acompañarme algún rato los días que te vas de caza.

—¡Ah, mil gracias, caballero. Celebro mucho esta ocasión. Espero que alguna vez probará usted mi caza de venado, para lo que tengo especial tino".

Chistes de novios:

—Conque ya has visto a tu futuro. ¿Qué te parece?

—Me parece ridículo y necio.

—Y eso, ¿qué importa para que sea tu marido?"

"Una joven se casaba como se casan hoy casi todas. Es decir, por interés. La modista le llevó el canastillo con las galas. Al ver los trajes elegantes que contenía el canastillo, la novia manifestaba su placer de una manera viva e ingenua. La modista, que era inteligente en bodas de conveniencia, después de haberla escuchado, la dijo:

—Señorita, veo que quiere us-

ted más al presente que al futuro."

Chistes ingenuos:

"Un hombre muy crédulo decía que no tenía fe en la vacuna.

—¿Para qué sirve?—decía muy formal—. Yo conocí un niño muy hermoso a quien su familia hizo vacunar y dos días después se murió.

—¿Cómo? ¿Dos días después?—le preguntaron.

—Sí, señor; dos días después se cayó de un árbol y quedó muerto en el acto. ¡Haga usted vacunar a los chiquillos después de eso!"

"Una mujer anciana encontró a una muchacha que no había visto hace mucho tiempo y le dijo:

—Hija mía, pobrecilla, ¿eres tú o es tu hermana la que se ha muerto?

—Mi hermana fué la que se enfermó, pero yo fuí la que estuvo enferma, de más gravedad."

Chistes de ingleses:

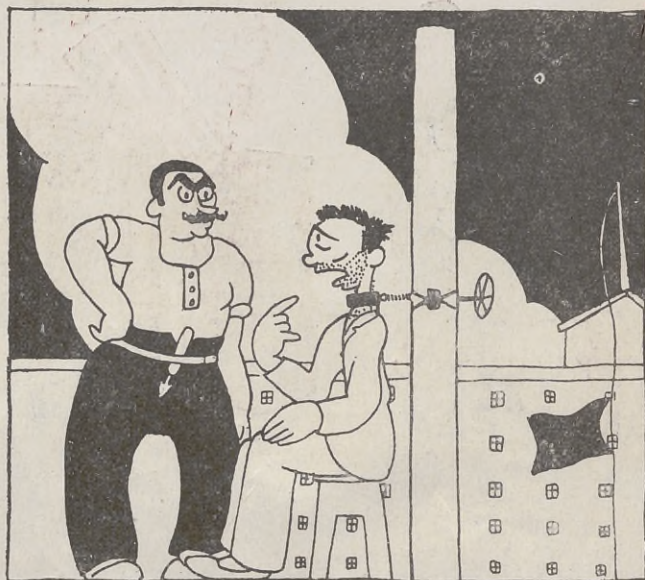
"Un inglés se quejaba amargamente en un café del daño que se había hecho en una caída que había dado en la calle.

—Caballero—le dijo un facultativo que se hallaba en una mesa inmediata—, ¿se ha hecho usted daño cerca de las vértebras?

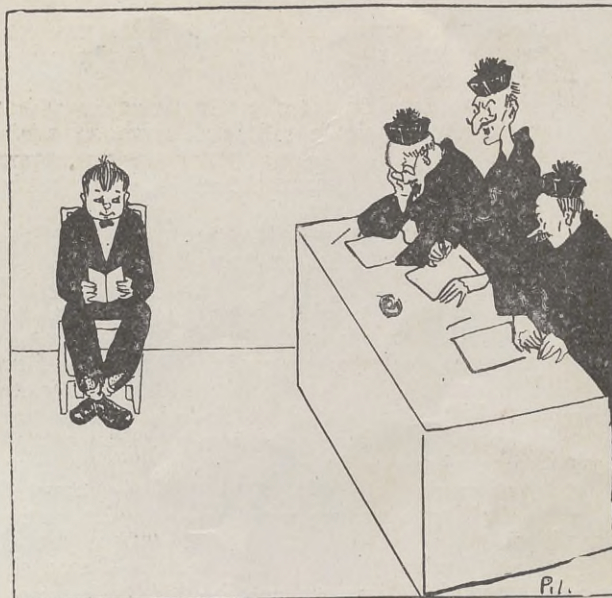
—No, señor—contestó el britano—; ha sido cerca de la Cibeles donde me he hecho el daño."

Ignoramos si los anteriores chistes, muestras del ingenio prosaico de "La Ilustración", harán gracia a nuestros lectores. Creemos sinceramente que no. Por una razón sencillísima: porque no la tienen. ¿Estamos de acuerdo?...

Los chistes poéticos abundan menos en el semanario de Fernández de los Ríos, pero son, por regla general, tan malos como los chistes prosaicos. Únicamente podrían salvarse algunos epigramas satíricos de Fernández Martín Redondo. Por ejemplo:



EL REO.—¡Con cuidado, angelito, que tengo anginas!...



PARADOJA

¡¡¡Yo me voy a Puerto Rico
en un cascarón de nuez!!!

"Al morir el despotismo
murió el que está aquí enterrado;
año de mil ochocientos...
(Lo demás está borrado.)"

"Esta mansión de tristeza
guarda a un banquero opulento.
Fué hombre de mucha cabeza,
pero de poco talento."

"Aquí un domador reposa
que se murió de pesar
porque no pudo domar
en diez años a su esposa."

"Descansa aquí un liberal
que nunca fué perseguido."
—O en España no ha vivido
o es mentira garrafal."

"Este ya cadáver yerto
viviría todavía
si... el pobre no hubiera muerto."

"Aquí yace un escribano
honrado, recto, moral"...
¿Y por qué no le han llevado
a la Historia Natural?

Marciano Zurita

Lea usted el sábado

La Novela Corta

—Díganos usted algún hecho importante del reinado de los Reyes Católicos.
—La expulsión de los judíos.
—Otro, más sonado todavía.
—¡La expulsión de las judías!

UNA ESTRELLA POR DENTRO

Hemos visitado a la gentil artista la Escolástica, que tan resonantes éxitos alcanza en escena, y vista de cerca cambia poderosamente de como sale a escena. Se trata de una arrogante figura de mujer que recuerda a las cocineras de una casa rica y sus cuarenta y cinco años apenas si se la conocen. Es amable, dice "haiga" y hasta su ligero olorcillo a ajo picado que de ella se desprende le da cierta gracia.

—Escolástica, voy a confesarla.
—¡Ay, hijo! Ni que fuese usted el cura de la parroquia.
—¡Graciosa! ¡Es usted ingenua!
—No, señor, de Zamora, pero para los carteles soy andaluza.
—¿Sus padres eran también artistas?

—Le diré. Papá—¡Dios le haya perdonado la última cogorza!—como ser, era herador de bueyes y usted disimule.

—Yo, no; los bueyes.
—En el pueblo le conocían por el tío "Cosca" y por las palizas que daba a mi madre. ¡Madre mía, dónde estarás ahora!

—¿No es su respetable madre esa señora que la acompaña en su "camerino"?

—No; esa es la Toribia, una antigua frutera de la calle de las Velas, que yo llevo como "miss", porque no le va bien a una artista ir sola,

con la clase de sinvergüenzas que hay por ahí.

—¿Cómo fué lo de dedicarse al teatro?

—Pues veré. Yo sabía cantar lo que saben todos los chicos, "Ramón del alma mía", "Quien fuese tan alta como la luna" y demás repertorio de la Plaza de Oriente. Al ver a mi padre siempre beodo y no ver a mi madre porque ésta había tenido la comodidad de largarse, me dije: Yo aquí vegeto.

—¿Estaba usted mala?

—No, hombre; que vegetaba en el pueblo.

—Yo, como decía usted "vegeto", me confundí con el agua de ídem. Quedamos en que tuvo usted una inspiración

—Exacto.

—¿Dónde debutó?

—En el "Cine Sonocusco". ¿Usted ha oído relinchar alguna vez?

—Bastantes.

—Bueno, pues ese efecto causé entre los espectadores. Salí, canté, hice dos movimientos con una cadera...

—¿Con cuál?

—Con esta.

—¡Desarrollada está!

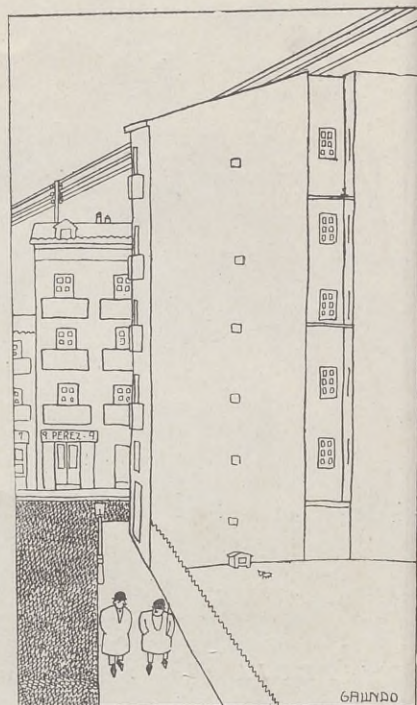
—Ha sido después. No puede usted figurarse el efectazo que hice. Hubo espectador que se puso en pie sobre la butaca y otro que ladró como si pidiera la morcilla.

—¡Admirable! ¿Y después?
 —¿Sigue usted preguntándome en el terreno artístico?
 —Naturalmente.
 —Pues que actué en otro teatro y luego en otro, haciendo salidas a provincias.
 —Como los buenos toreros. ¿Tiene usted muchas salidas?
 —Entre las contratas y las de pie de banco, que también tengo, según dicen, bastantes.
 —¿Sus ideales de usted?
 —Pues, hijo, los de cualquiera; "ajuntar" todo el dinero que pueda.
 —¿Y de amor?
 —¡Ay! Ni me toque ustel ese flaco. Por ahora, nada. Quizás si se presenta un hombre con fatigas, le entregaré mi corazon.
 —Es decir, que prefiere usted un asmático.
 —¿Yo? ¿Por qué?
 —Porque más fatigas que uno con asma, no es posible.
 —¡Gracioso!
 —¿Su género de usted?
 —¡A la vista está! Femenino.
 —Me refiero al artístico.
 —Un poco de todo; algo así como una ensalada rusa de los "varietés". ¿No le parece?
 —¡Claro! En la "varieté" está el gusto.
 —Si hay que cantar cuplés graciosos, los canto; si es necesario ha-

cer de romántica, hago; y si se presenta una canción fúnebre...

—¿La canta?
 —Salgo corriendo, porque las muertes violentas "pa" el gato, que como es minino no puede protestar.
 —Sus autores...
 —Ya se lo he dicho: Papá y mamá.
 —Digo los autores teatrales que prefiere.
 —¡Ah, ya! Todos. El año que viene me pesentaré con un repertorio nuevo que me están componiendo los Quintero, Benavente, Linares, Muñoz Seca y otros por el estilo.
 —¿Será posible?
 —La verdad es que quien me los compone es un chico carpintero.
 —¡Caray! Son cuplés de madera.
 —No; son de versificación libre, aunque pegando los versos.
 —Claro; si son de un carpintero pegarán con cola.
 —Ya comprenderá usted que viste más decir lo otro.
 —Naturalmente. Se ve que es usted atrevida.
 —Gracias. ¿Quiere usted saber algo más?
 —Por ahora, no. Muchas gracias. Es usted la amabilidad misma con bata a rayas. Muchos éxitos y salud.
 —Gracias y mandar.

A. R. Bonnat



—¿Qué le piensa usted poner a su esposa el día de los Reyes Magos?
 —Pues la pienso poner... de muy mal humor, porque no la voy a regalar nada.

El dueño del café, como buen americano, vió en seguida el negocio. Aquel animal, con un delantal blanco y preguntando a la clientela qué quería tomar, podía proporcionarle ganancias fabulosas. Así, pues, propuso al ventrílocuo que le vendiese el can.

El artista se echó a reír.
 —No vendo este perro—dijo—por



El perro que habla

En un café de Nueva York entró una vez un ventrílocuo que actuaba en uno de los teatros de la gran urbe norteamericana.

Llevaba el artista un perro, al que tenía gran cariño, y, al acudir el camarero a preguntarle qué iba a tomar, se le ocurrió dar a éste una ingeniosa broma.

Pidió para él un "bock" de cerveza, y luego, dirigiéndose al can, le preguntó:

—Y tú, ¿qué quieres tomar, Teddy?

Teddy, el perrito, contestó, por boca del ventrílocuo, naturalmente:

—Un "sandwich" de queso...

Quedóse asombrado el camarero ante aquel chuchito que hablaba, y, yendo al mostrador, dió cuenta de lo que ocurría al dueño del café.

El dueño no quiso dar crédito al

mozo y acudió a la mesa del artista, para decir a éste:

—Perdone, señor. El camarero, que sin duda está borracho, me acaba de decir que ese perro que tiene usted habla lo mismo que una persona.

El ventrílocuo contestó:

—No está borracho el mozo, amigo mío. Este perro habla, en efecto. Es de una raza de la que sólo existen ya dos ejemplares: este, y otro que posee el rey de Inglaterra.

—¡Es maravilloso!—exclamó el dueño del café—. ¿Y contesta el perro a lo que le preguntan?

—Haga usted la prueba....

Entonces, el industrial dijo, dirigiéndose al can:

—¿Es verdad que habla usted, señor de perro?

—Lo que es verdad—replicó el perrito—es que hace dos horas que he pedido un "sandwich" de queso, y todavía no me lo han traído...



—Me parece que tu marido "firta" con la vendedora.

—¡Mejor! Así escogeré el sombrero más caro.

(De «Caras y Caretas».)



EL.—¡La caraba! ¿Y cómo me arreglo yo para pedir su mano?

nada del mundo. Yo no tengo familia ni amigos, y Teddy es mi único compañero. ¡No puede usted imaginarse lo que nos queremos!...

El industrial, insistió:

—Le doy a usted quinientos dólares por el perrito.

El ventrílocuo se dió cuenta de que lo que empezó por ser una simple broma podía convertirse en algo útil. Sin embargo, hizo como que se resistía. El cafetero, obstinado, duplicó la oferta.

—Le doy mil dólares...

Entonces, el artista, se dejó vencer, diciendo:

—Me ha cogido usted en un mal momento... necesito dinero, y no sé dónde encontrarlo... Yo no quería separarme de Teddy... Pero Dios ha dispuesto las cosas de este modo...

Se ultimó el negocio y después de hacer el dueño del café mil preguntas al perrito, a las que éste contestó con más juicio que un ser racional, el ventrílocuo recibió un cheque por valor de mil dólares, y el industrial se quedó con Teddy.

Sólo que, al levantarse el artista para irse, dejando en el café a su perrito, éste le dijo en tono de reproche:

—¡Ah, canalla! ¿Con que te separas de mí? ¿Conque me has vendido para que me exploten?... Pues, en venganza, no volveré a hablar en lo que me queda de vida.

Y, en efecto, apenas el ventrílocuo abandonó el establecimiento, no hubo manera de que Teddy pronunciara una sola palabra...

Mark Twain.



Esta Revista, deseosa de lanzar al mundo de las letras firmas de escritores desconocidos, de singular talento, les brinda en sus páginas esta sección a la cual podrán concurrir todos los luchadores que pugnan por popularizar su firma.

Calendas familiares

¡Los hay maniáticos! Yo, todos los días, al levantarme, me siento... me siento impulsado por una imperiosa necesidad de mirar el almanaque, ese útil al cual todo el mundo "deja pega-

do a la pared;" ese bloque tan impulsivo, a juzgar por los "arranques" que tiene. Trescientos sesenta y cinco durante el año. Eso sí, hay el inconveniente de que el día que se olvida uno de arrancarle la hoja, por un error de fechas se hace uno un "taco."

Y ya que de almanaques hablo, diré a ustedes que para mí el hombre más iluso de este mundo ha sido el bueno de Don Mariano Castillo, que se ha pasado toda su vida "haciendo calendarios."

Y ¡qué calendarios! ¿Conocen ustedes algo más enrevesado que el popular Zaragozano, con la guía general de Madrid? Por mi parte, puedo decir que será todo lo "zaragozano" que quiera, pero yo no le entiendo ni "jota."

¡Qué extraña mezcla de materias! "Se trae" cosas tan inútiles como anuncios de específicos, al lado de otras tan "perjudiciales" como la tarifa de derechos de la Vicaría. El agua de Carabaña, junto a las fiestas "móviles". ¡Miren, qué tendrá que ver la juerga con las temporadas del año! Y, luego, que si el sol sale a tal hora, que si la luna sale a tal otra... ¡Vean ustedes qué "salidas!" Eso no es más que afán de chismorrear, de meterse en vidas privadas.

Después, la relación del satélite de la tierra con los signos del Zodíaco. Que si entran tantas lunas en Cáncer, que si entran muchas en Capricornio, que si "entran pocas en Libra..." ¡Naturalmente! Además que si Tauro, que si Piscis, que si Leo...; y eso mismo me ocurre a mí con el tal calendario: que si "leo...", "piscis!"

Ah, pero sobre todo, ¡qué seguridad en los pronósticos del tiempo! ¡Les digo a ustedes que hay astrónomos que son de "pronostico"! Anuncian sequía y viene un temporal de lluvias que más que "temporal," parece "eterno." Pronostica vientos huracanados y... ni la brisa más suave, ni el cefirillo más cursi. Anuncia tiempo muy frío y resulta bochornoso..., resulta bochornoso que haya siquiera un astrólogo de tan mala "estrella" que tales picias "cometa".

El caso es que para mí, no resulta, en verdad, un libro de consulta.

En cierta ocasión, tan desesperado estaba, que cogí "El Firmamento", con las manos, ¡claro!; empecé a hojearle, para ver en qué día de la semana "caía" aquel año el Domingo de Ramos y tuve que pasar los Dolores y la Pasión, para encontrarlo.

En fin, hasta me parece mal del sudorido calendario que lleve la Guía de Madrid detrás del santoral y de los anuncios. Porque, francamente, yo entiendo que todo lo que sea "guía" debe ir delante. ¡A ver, si no!...

¿Queda hecho o no queda hecho el artículo?

La verdad es que, después de lo dicho, aunque con la reventa obtuviera una buena comisión, ¡a cualquier hora me presentaría yo al editor a pedirle una mano, una gruesa o un millar de ejemplares!

Seguramente sería capaz de no darme ¡ni la "mano!"

Manuel Manzano

COPLAS FESTIVAS de JUAN PÉREZ ZUÑIGA

Monos de Garrido



Picó tu cara una abeja
creyendo que era una rosa.
O era muy corta de vista
o era que estaba de broma.
O era que estaba de broma;
porque a una flor igualarte
es como echar, a sabiendas,
pimienta en el chocolate.



"Las tropas, desde el jueves
en que operaron,
la posición conservan
que conquistaron."
Lo leyó el arruinado
Ramón Falopio
y exclamó: - ¡Quién pudiera
decir lo propio!



- Señora: ¡pa, que quede la merluza
con los dos kilos menos que desea.
La tengo que quitar a usted un trozo.
- ¡Qué le vamos a hacer! Tendré paciencia.
- De la cola no puedo a usted quitárselo.
- Pues quitemelo usted de la cabeza.
- ¡Quitárselo yo a usted? ¡Es imposible!
¡Pues vale Dios que usted no es poco terca!...



Gomez tiene a las fiebres tifoideas
un favor colosal
y ha comprado hace poco para el agua
un filtro... o dos, o más.
- ¿No sale? ¿se llueve? - Le pregunto.
Y él me responde: - ¡Guía!
Si del cielo cayera el agua hervida
y filtrada... quizás...



Si no pesca el gordo Inés,
la niña del sordo Arana,
va a unirse de mala gana
con el flacucho Ginés.
Y por consecuencia saco
qué hoy no sabe la del sordo
si la va a tocar el gordo
o la va a tocar el flaco.



Delante de su esposa y de sus hijos,
que comen cada tres o cuatro días
solamente cordilla o sopas de ajo,
esto dijo un cesante con fatigas:
- He leído un suceso tan terrible
que me ha puesto la carne de gallina -
¡Para qué quiso más! Al cuarto de hora
se le había comido su familia!...



En los días del invierno
se hallan húmedos los cuartos
y hay quien a la Virgen pide
que no llueva en todo el año.
Ayer me decía un joven
que vive en un piso bajo.
- ¡Si habrá humedad en mi alcoba
que hay que acostarse con charcos!...



Los aeroplanos a Paz y a Rita
les ilusionan cada vez más,
y, como ensayo de su deporte,
van muchas alas tomando ya
son dos futuras aradoras;
mas todos dicen de Rita y Paz
que más valiera que te casasen
los cabroncillos a su papá.

CHISTES COLMOS



LOS DONAIRES DE UN CUBANO

En un establecimiento de joyería situado en una de las más elegantes calles de la Corte, penetra un gomoso. Una vez elegida una hermosa, esplendorosa y valiosa sortija de esmeraldas, entrega un billete de mil pesetas para abonar su importe.

—Aquí tiene la vuelta, caballero— dice el dependiente.

—¡Faltan veinticinco céntimos!— manifiesta frenético el cliente.

—Pues yo se los he dado.

—Usted me ha estafado.

—Señor, yo le he entregado dos piezas de diez céntimos y una de cinco.

—¡Falso!! ¿Dónde está el real?

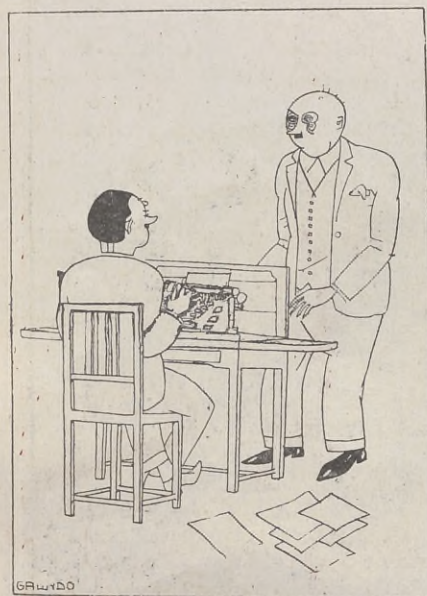
—En la Plaza de Isabel II.

—Dígame cuál es el colmo de un soldado que no haya visto en su vida el busto de S. M. el Rey.

—¡...!

—Que le llamen gastador.

Benito García era dueño de un café, que, como es moda en España, todo el mundo que tiene unas pesetas, inaugura estos establecimientos; su razón tendrán o no, (consultaremos con el doctor Esquerdo.) El caso es que nuestro héroe, don Benito, no vendía absolutamente nada. Una día, yendo de



—Judías, ¿con qué se pone? ¿Con "jota" o con "ge".

—Yo, para mi gusto, las pondría con chorizo.



MODESTIA

—Les aseguro que mi marido no ha hecho nada para obtener su cruz.

—Querida mía, todo el mundo lo reconoce.

paseo, vió el siguiente anuncio: "Compro-bar en el acto". El señor García púsose más alegre que La Cierva cuando notificáronle la herencia de los ciento tres millones; pero, ¡oh, terrible ilusión!, aquel reclamó seguía así: "Los géneros de esta casa."

—¿En qué se parece el Circo Americano a una familia en la que, cómo es natural, se componga de esposa, marido, suegra e hijos?

—¡...!

—En que hay tontos.

—Aquí le presento a este señor que hoy ha llegado al pozo (Madrid) de un pueblo de Aragón.

—Muy bien, ¿qué es lo que le ha motivado su viaje?

—Pues el desear trabajar.

—¿Cuál es su oficio, qué es lo que sabe hacer?

—No sé nada.

—¿Ni escribir?

—Ni leer.

—¿Y usted es aragonés?

—Para servir a la Pilarica y a usted.

—Pues usted no sabe ni la jota.

En la Academia:

—Señor Rodríguez, díganos algo de astronomía. ¿Qué es el sol?

—Una cosa que sirve para muchísi-

mos remedios; lo mismo da calor, frío, música, alegría y calabazas. Tan-tos son estos soles, que existen una infinidad.

—Vamos por partes. ¿Cuál es el sol más guerrero?

—El sol-dado.

—¿Y el más obrero?

—El sol-dador.

—¿El más músico?

—El sol-feo.

—¿El más franco?

—El sol-tar.

—¿El más envidiable?

—El sol-tero.

EL EUROPEO NEGRO.

Condenaron a un aragonés a la pena de muerte y cuando estaba el verdugo actuando, empezó a hacer visajes como si quisiera hablar. El juez, creyendo que tenía alguna cosa que decir, mandó suspender la ejecución y preguntó al reo:

—¿Qué es lo que quiere decirnos?

A lo que contestó el baturro:

—¡Rediez, que me ahugaban!

K-U-D-T.

—¿Qué teatro es el más delicado cuando llueve?

—El-dorado, porque se oxida.

—¿A qué ceremonia asisten los muertos?

—A las bodas, porque sólo van convida-dos.

—¿En qué se parece el Palace Hotel al agua?

—En que el agua es pa la sed, y el Hotel también es Pa-lace.

—¿Por qué van los automóviles por la carretera?

—Porque si fueran por la cera patinarían.

—¿Qué tranvía es el que tarda más en pasar?

—El de la Fuentesilla, porque pasa por el Siete de Julio.

—¿En qué se parece un río a Palacio?

—En que al río van a lavar ropa, y a Palacio van a-labar-deros.

—¿Cuál es el partido de los toreros?

—El de los jaimistas, porque cuando están toreando, dicen: Dejaime solo.

—¿Qué paseo de Madrid es el que no tiene pérdida?

—El paseo de la Dirección.

FRANCISCO J. PEREZ.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

A. G.—Su trabajo es gracioso, pero no podemos publicarlo por las alusiones personales que hace en él.

A. R.—Se publicará.

J. R.—No vale.

Pina.—Aceptado.

P. T.—Idem.

L. C. R.—Acaso se publique coregido. Mande otro original.

Sr. D. Antonio Romero.—Sevilla.—Envíe otra cosa.

N. L.—No sirve.



—Por su inexperiencia se deduce que es la primera vez que monta usted en automóvil.

—¡Quiá, no señor, es la última!

LA GRACIA

REVISTA COMICA



—Mi chófer murió a consecuencia de un golpe...

—¿Algún choque?

—¡No, de un golpe de tos!



—Ya sé que no es de usted el automóvil.

—Hombre, ¿por qué?

—Porque he leído que pone de Don Botón delante.